

to de su nacimiento y no se lo quería revelar.

Pues bien, ella se bastaría á sí misma; obraría por sí, confiando en el único ser que le había demostrado un cariño verdadero, en su amante.

Al entrar en aquella habitación fresca y perfumada, en donde todo atestiguaba la ternura y el cariño que velaba por ella, se miró al espejo, temblando de pies á cabeza al influjo de emociones desconocidas.

Se lavó, trenzó su magnífica cabellera. cubrióse la cabeza con un velo y se puso sobre el vestido un abrigo de piel oscura, que una marquesa del siglo pasado llevó orgullosa á un baile. ¿Cómo podía creerse hija de una mujer como Susana Carol, cuando tenía un ajuar de millonaria?

Cuando terminó su tocado, se sentó delante de su secreter, y sacando una carta que tenía cuidadosamente guardada, la leyó atentamente.

Era de Roland Beroult, que á vueltas de mil juramentos de amor, le decía:

«Mañana á las once en punto de la noche estaré en el sitio indicado. Espero que sabreis burlar la vigilancia que os rodea y me abrireis esa puerta, que será la de nuestra dicha. Las sombras de la noche nos protegerán.

»Os revelaré un secreto para probarnos la sinceridad de mi cariño, que será eterno...

»Hasta mañana... ¿Para qué tantas pala-

bras cuando una sola basta para deciros cuanto siento por vos?

»Os amo... te amo.

»ROLAND.»

XV

Lo irreparable

La joven permaneció algunos instantes todavía complaciéndose en aquella música que la encantaba, mientras veía delante de sí la imágen de su seductor.

¡Era amada! Esta idea la sumía en un arrobamiento sin límites. Y su adorador, el hombre desinteresado á sus ojos que se había apoderado de su alma, iba á venir, quizás se aproximaba, tal vez esperaba la señal. Fija la mirada en el reloj, seguía con los ojos la marcha de la aguja en el cuadrante y aplicaba el oído como si pudiese oír el rumor de sus pasos sobre la arena.

Aquellos instantes eran solemnes para ella: conocía que iba á decidirse su porvenir. Y no se equivocaba.

Roland Beroult, hombre que no dejaba nada á la casualidad, tenía sus razones para exigir aquella entrevista secreta.

Blanca estaba próxima á ser mayor de edad, y entónces debía serle revelado el secreto de su fortuna, según la postrera voluntad del conde de Montevrón.

El tiempo apremiaba, y Roland quería que le perteneciese por entero para que no

podiese volver sobre su consentimiento contenido en las cartas cambiadas entre los dos.

El reloj señaló las once menos diez minutos.

Blanca escuchó por última vez los rumores de fuera y miró con inquietud á todos lados.

En el salón se apagaron las luces; en los corredores las puertas se abrian y se cerraban sin ruido; la ventana de al lado estaba á oscuras, señal de que María Magdalena dormía como la mayor parte de los moradores de Maillepré; en el parque no se oía ni un murmullo.

Abrió y cerró la puerta sin hacer el menor ruido y deslizóse silenciosamente hasta llegar á una escalera de servicio, por la que desapareció como un fantasma, llegando á una puerta situada junto á la cocina. Una vez fuera se detuvo un instante bajo los árboles próximos al palacio; tenía miedo. ¿De qué?

La mujer verdaderamente enamorada que va en busca del objeto de su amor, no experimenta temores; pero el amor de Blanca era más bien fascinación, el resultado de un plan diabólico, no la obra de la naturaleza. Blanca iba al encuentro de Roland como el pájaro fascinado se adelanta hacia la serpiente que la acecha.

Si algunos momentos antes, su madre la duquesa de Maillepré, hubiese pronunciado la frase esperada, Blanca se hubiese arrojado á sus piés y habría retrocedido ante el abismo. Había, pues, también más despecho

que pasión, más desesperación que cariño en aquella funesta imprudencia.

Ocultándose en la sombra, llegó hasta el muro de cerramiento, y acercándose á la puerta preguntó:

—¿Estais ahí?

—Sí, abrid.

Blanca obedeció, dando paso á un hombre envuelto en largo gaban, que la estrechó contra su pecho, mientras le decía al oído:

—¡Qué buena sois por haber venido!

Blanca no tuvo fuerzas para contestar ni para defenderse.

El hombre cerró la puerta y avanzó hacia el fondo del parque, sintiéndose orgulloso al penetrar en aquel dominio sobre el cual esperaba adquirir derechos.

La joven le condujo por una arboleda, diciéndole:

—¿Alejémonos? ¡Si nos viesen!...

—¿Quién?

—¡Qué se yo!

El la seguía distraído por el espectáculo encantador que se presentaba á sus ojos en aquel dédalo de bosques.

De pronto observó que el brazo de la joven temblaba.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Siento frío.

Habían llegado cerca de un pabellón rústico, construido, como todos los de su clase, con troncos sin labrar y cubierto por un techo de paja.

—¿Entramos?—preguntó él sonriendo.

Ella dudaba. Se oía el castañeteo de sus

dientes y se la veía temblar de piés á cabeza.

—¿Qué temes?—le preguntó, estrechándola con sus brazos.

Y sin esperar respuesta, la levantó y penetró con su ligera carga en el pabellón, cuyo interior conservaba el calor del día. A lo largo de sus paredes se destacaban asientos, divanes y otomanas: mesas de bambú y pabellones japoneses completaban el mobiliario, con una lampara suspendida del techo.

La joven quiso encenderla para disipar las tinieblas que le oprimían el corazón.

—¿Qué imprudencia!—exclamó su compañero cuando vió arder la pajueta en manos de Blanca, apagándola de un soplo.—¿Nos basta con la luz de la luna?

El seductor se sentó á su lado en uno de los divanes, saboreando la idea de su fácil triunfo.

La infeliz conoció en seguida toda la extensión de su falta, pero ya no era tiempo de remediar aquella gran imprudencia. No se atrevió á dar un grito, ni intentó resistir siquiera. Lo que debía suceder, sucedió.

Cuando sonaron las doce de la noche, Blanca, fijos sus grandes y lánguidos ojos en los de su amante, le preguntaba con emoción:

—¿Me amarás siempre?

—¿No te lo he jurado? Siempre.

—Si me engañas, me moriré.

El se levantó, acercó una de las mesas á la puerta, á la luz de la luna. Sobre aquella

mesa había papel de cartas con las armas de Maillepré, tintero y plumas.

—Aquí os escribo--dijo ella.--Amo este retiro porque nada me distrae en él cuando pienso en vos.

En seguida él escribió con grandes caracteres, sobre dos hojas de papel, estas palabras: «Amor eterno.» Después puso la fecha: «13 de agosto de 1871.» Y firmó: »Roland de Serigné.»

Después alargó la pluma á Blanca, diciéndole:

—Firma á tu vez: esta es nuestra acta de matrimonio.

La joven obedeció automáticamente, pegó una de las hojas y la guardó en su pecho como un talismán.

—¿Estás ahora tranquila?

—Sí—murmuró Blanca con voz débil. Y acordándose de pronto, preguntó:

—¿Y ese secreto de que hablabas?

—No quiero arrebatarte el placer de la sorpresa: los periódicos te lo revelarán dentro de algunos días, mañana tal vez.

Y cubriéndola de besos, fingiendo como un actor consumado una pasión delirante, le dijo :

—Lo he sacrificado todo por aproximarme á tí. Me perteneces... y no te abandonaré: ahora podremos vernos todos los días.

La joven, sonriendo y llorando á la vez, le miró con expresión de confianza.

Roland, sentado junto á ella, cogiéndole las manos, le dió cuenta de sus proyectos. Pasados unos días se establecería en el país,

cerca de ella; hablaría á su madre; le repetiría lo que le había dicho tantas veces á Blanca, que no amaba más que á ella, y que su deseo más ardiente era el de obtener su mano, dándole su nombre y su vida.

¿Qué prueba mayor de sinceridad podía exigirle?

--¿Has oído?--dijo Blanca de pronto.

--¿Qué?

--Un ruido.

--¿En dónde?

--Ahí--dijo Blanca, señalando á un matorral de arbustos, próximo al pabellón.

El salió y registró, pero no encontró á nadie ni oyó ningún ruido.

Cuando volvió á entrar en el pabellón, Blanca se había puesto precipitadamente su abrigo, sin tomarse el trabajo de recoger sus cabellos, extendidos desordenadamente por la espalda.

Su amante se esforzó por tranquilizarla, pero en vano. La desgraciada, presa de terror, no se atrevía á salir ni á quedarse.

--¡Alguien está ahí!--balbuceaba temblando.

Creía ver la irritada faz de la duquesa, que enterada de su falta venía á sorprenderla, y la arrojaría después de su casa como á una mujer indigna. Esta idea la aterraba.

Al cabo de un rato, viendo que la duquesa no asomaba, mas segura de haber escuchado el ruido que la alarmó, se repuso, pero sin desechar la idea de que alguien los espía.

Al fin miró á su amante, que sonreía.

--¿Qué temes?--le dijo.--¿No estoy aquí para defenderte? ¿No eres ya la señora de Serigné?... Ven, y no tengas miedo.

Después de todo, Blanca pensó que su amante tenía razón. Ahora ya no estaba sola, tenía un amigo, un amparo, un protector.

--Vamos--dijo.

Atravesaron de nuevo el parque hasta llegar al muro.

Blanca abrió la puerta.

La plaza de la iglesia de Maillepré estaba silenciosa y oscura. Todo dormía.

Roland se separó de la infeliz á quien acababa de engañar. Ella le despidió con estas palabras:

--¡Hasta muy pronto!... ¡Hasta muy pronto!

Roland desapareció en las sombras, después de haberse vuelto diez veces, enviándole besos con la mano.

Cuando oyó, á lo lejos, el ruido de un carruaje que se alejaba, Blanca cerró la puerta y se dirigió al palacio, siguiendo un camino sesgado para evitar una sorpresa, y examinando la sombría fachada.

A través de las cortinas de la habitación inmediata á la suya, se trasparentaba una claridad apenas perceptible.

María Magdalena velaba todavía.

--¿Por qué velaba á aquella hora?--se preguntó Blanca.

De pronto la débil claridad se extinguió.

Transida de frío, tiritando, Blanca Carol subió la escalera por la que había salido. La

puerta estaba entreabierta, como ella la dejó al salir. Nadie, pues, la había seguido.

Redoblando sus precauciones, pasó ligera como una sombra. Algunos minutos después, tendida muellemente en su gran lecho, un lecho de marquesa, veía desvanecerse todos sus temores. Su imprudencia quedaría ignorada, puesto que no había encontrado á nadie; así lo creía al menos.

Se equivocaba: su caída tuvo un testigo y éste se hallaba cerca de ella.

En la habitación inmediata, Margarita Souvray reflexionaba sobre lo ocurrido aquella noche, y oyó el leve rumor de los pasos de Blanca, tan leve, que creyó haberse engañado; pero este incidente y las preocupaciones que agitaban su espíritu, espantaron el sueño de sus ojos.

Se levantó, acercándose á la ventana, cuyas persianas estaban entreabiertas, y allí permaneció inmóvil, apoyada en el respaldo de un sillón, dejando vagar sus ojos por las encantadas perspectivas del parque. ¿Cuánto tiempo permaneció en aquella actitud? No lo sabía ella misma.

De pronto le pareció ver en un claro del bosque una pareja que se dirigía al fondo del parque.

Las sospechas despertadas en su ánimo por las extrañas maneras de Blanca, por los esfuerzos que hacía para dominarse reprimiendo confianzas que querían salir á sus labios, por las cartas que leía, creyéndose sola en las solitarias calles de árboles, aque-

llas sospechas, vagas hasta entonces, tomaron cuerpo en aquel instante.

Impulsada por irresistible curiosidad, rodeó á su cuello una mantilla y salió, observando que la puerta de Blanca estaba entreabierta. Tocó suavemente con los dedos y no contestaron; adelantó después la cabeza, llamó en voz baja á Blanca por su nombre, obteniendo el mismo silencio.

No había duda, Blanca era la que acababa de ver á lo lejos. Pero, ¿quién iba con ella?

Impulsada, no por un sentimiento de envidia ó de malevolencia, sino por su piedad para con la joven que la duquesa le había recomendado con tanto calor, quiso tener la evidencia. Siguió el mismo camino que Blanca Carol, encontró entreabierta la puerta de la escalera de servicio y fuera la huella de los pasos de la fugitiva. Pero más adelante desaparecieron todos los indicios y tuvo que caminar á la ventura por el espeso bosque, mirando y escuchando por todas partes.

Ya iba á renunciar desalentada á su exploración, cuando se acordó del pabellón rústico á donde había visto á Blanca retirarse muchas veces, y se dirigió hacia él siguiendo camino distinto que el que debía seguir la pareja.

Al aproximarse al pabellón llegó hasta ella un confuso murmullo de voces en el que se distinguían fácilmente una voz de hombre y otra de mujer.

Margarita se ocultó temblando detrás de los arbustos que rodeaban el pabellón. Ha-

ría cinco minutos que se encontraba en su escondite cuando experimentó una conmoción parecida á la que puede producir un golpe de maza.

La voz que oía era una voz seca, hecha para las amenazas, no para la súplica, una voz que, á pesar de todos los esfuerzos para suavizarla, resultaba dura é imperiosa.

Sin embargo, no la reconoció desde luego porque en aquel instante Blanca y su amante hablaban bajo, pero de pronto la voz del hombre se elevó en el silencio y Margarita escuchó distintamente estas palabras: «Te amo.»

Entonces desfalleció: El hombre de quien huía, su verdugo, el ladrón de su fortuna estaba allí.

Margarita se asió á una rama para no caer al suelo y la rompió; produciendo el ruido que alarmó á Blanca y obligó á Roland á salir del pabellón.

La joven ahogó un grito de cólera y permaneció muda, pegada á los troncos de los arbustos que la ocultaban.

Los que están acostumbrados á caminar de noche por el campo conocen las fantásticas apariencias que suelen ofrecer los objetos más inofensivos, sobre todo los árboles, y saben lo fácil que es disimular la presencia de una persona permaneciendo inmóvil.

Margarita Souvray lo hizo así y Roland pasó casi rozando sus ropas si verla; pero ella le reconoció desde luego.

En presencia de aquel ser odiado, una cla-

ridad súbita iluminó su pensamiento, recordando los planes que el mismo Roland le revelara en su despacho de la prefectura, de enriquecerse por un casamiento con una joven enfermiza, ignorante de su riqueza.

Aquella joven no podía ser otra que Blanca Carol. La casualidad ponía en sus manos los hilos de la infernal trama.

Pero ¿qué podía hacer ella?

Vió salir á la joven del pabellón apoyándose en el brazo de su amante, les vió entrar en las alamedas, dirigiéndose hacia aquel postigo, por donde había entrado como un ladrón, y, por último, estuvo observando á Blanca, mientras ésta, apoyada en la pared, oía alejarse los pasos del miserable. Entonces se dirigió precipitadamente á su cuarto.

A los diez minutos regresó Blanca, en el momento en que Margarita meditaba sobre aquel problema irresoluble del origen de su compañera.

—Si Blanca no era hija de Susana Carol, ¿quién era su madre?

Una voz secreta le respondía:

—La señora de Maillepré.

Todo, efectivamente, lo confirmaba: las recomendaciones de la duquesa, mil circunstancias que le habian llamado la atención, y después las revelaciones de aquella noche triste.

Quería salvar á la culpable, abrir sus ojos á la verdad, aunque se perdiese ella misma, todo por gratitud hacia la generosa duquesa; pero la misma voz misteriosa que se de-